

I

APOLOGÍA DE SÓCRATES

SÓCRATES

ATENIENSES:

No sé qué impresión os habrán hecho los discursos de mis acusadores. Yo, por mi parte, confieso que me he desconocido. ¡Tan grande ha sido su fuerza persuasiva! Mas puedo aseguraros desde luego que ni una sola palabra verdadera han dicho.

Pero, de todas sus calumnias, la que más me ha sorprendido es la advertencia que os han hecho de que estéis muy en guardia contra mi elocuencia, para que no os seduzca con ella; porque me parece que es el colmo de la osadía no temer la vergüenza del mentís que inmediatamente voy á darles, demostrando prácticamente que carezco de elocuencia, á no ser que llamen

elocuente al que dice la verdad. Si así lo entienden, confieso que soy un grande orador, pero no á su manera; porque repito que ellos no han dicho una sola palabra de verdad, y yo, atenienses, voy á decirla toda. Y no, por Júpiter, en un discurso como los de mis acusadores, ornado de brillantes sentencias y de escogidas frases, sino en lenguaje espontáneo y sencillo; porque sé que digo la verdad, y nadie puede esperar otra cosa de mí, y porque no conviene á mi edad venir ante vosotros, atenienses, como joven que trae un discurso artificiosamente preparado.

Por eso os ruego, atenienses, que no os indignen ni sorprenda verme adoptar en mi defensa los términos y maneras de que suelo servirme de ordinario, siempre que con vosotros hablo en la plaza pública y en los demás sitios en que soléis hallarme; pues, aunque tengo más de setenta años, es ésta la primera vez de mi vida que comparezco ante un tribunal.

Soy, pues, completamente ajeno al lenguaje que aquí se habla; y como si realmente fuese un extranjero, espero me perdonaréis por hablar al modo y en el idioma de mi país. También os ruego, y me parece justa mi petición, que, prescindiendo de mi modo de hablar, atendáis únicamente á la justicia de lo que diga; porque en

esto consiste toda la virtud del juez, así como es la del orador no decir otra cosa que la verdad.

Justo es que comience contestando á mis primeros acusadores y refutando sus censuras antes de llegar á los últimos y á las suyas. Porque hace muchos años que tengo acusadores entre vosotros; y aunque nada cierto han dicho contra mí, les temo mucho más que á Anyto y sus cómplices, aunque es mayor la elocuencia de éstos. Son mucho más temibles; porque, rodeándoos desde vuestra infancia, os han hecho formar de mí una opinión falsa, diciéndoos que hay un tal Sócrates, hombre sabio, que inquiere lo que pasa en el cielo y en el seno de la tierra, y que de una mala causa suele hacer una causa buena.

Y los que tan falsos rumores han propalado son mis más peligrosos acusadores; porque, de darles crédito, resultaría que los hombres ocupados en tales disquisiciones no creen en la existencia de los dioses. Estos acusadores son además numerosísimos, y hace mucho tiempo que fraguan ese complot. Os impusieron su opinión en la edad ordinariamente más crédula; porque la mayor parte de vosotros erais entonces niños, ó estabais en la primera juventud, cuando ellos á su sabor me acusaban, sin recibir contradicción alguna por mi parte, y, lo que es más injusto, sin que me sea dado conocerlos ni pronunciar más

nombre suyo que el de un célebre autor de comedias. Todos los que por envidia ó por maldad os han convencido de semejantes falsedades, y los que, ya convencidos, persuadieron á otros, permanecen ocultos, y no puedo ni refutarlos, ni citarlos ante vosotros, debiendo, como suele decirse, batirme contra una sombra, y atacar y defenderme sin que aparezca ningún adversario.

Fijaos bien, atenienses, en que tengo que habérmelas con dos clases de adversarios, como ya os he dicho: los que desde hace mucho tiempo vienen acusándome, y los que últimamente me han citado; y creed conmigo que debo contestar antes á los primeros, porque son los que habéis escuchado antes y los que mayor impresión han causado en vosotros.

Pues bien, atenienses, tengo que defenderme; y en muy poco tiempo he de arrancar de vuestro espíritu una calumnia que en él vive hace mucho tiempo y que ha arraigado ya profundamente en él. Con toda mi alma deseo que mi apología sea también mi justificación, y así, á un mismo tiempo, redunde en provecho vuestro y mío; pero reconozco lo difícil que es esto, y acerca de este punto no me ciega el deseo. Sea, pues, lo que los dioses quieran; hay que acatar la ley y defenderse.

Remontémonos, pues, al origen primero de la

acusación, sobre la cual tanto se ha declamado y que ha dado á Melito ánimo suficiente para demandarme en justicia. ¿Qué decían los primeros acusadores? Porque hay que suponer sus cargos como si los hubieran hecho en forma escrita y con los debidos juramentos: Sócrates es un impío; por una criminal curiosidad, quiere penetrar lo que pasa en el cielo y en la tierra; hace de una causa mala una causa buena, y enseña á los demás sus doctrinas.

Esta es la acusación; ya la habéis oído en una comedia de Aristófanes, en que se finge un tal Sócrates que se pasea por las nubes y hace otras parecidas extravagancias, de las cuales nada absolutamente entiendo. Y no digo esto por despreciar esta clase de conocimientos; entiéndalo así, si hay entre vosotros alguno que en ellos sea hábil (y acerca de esto no me haga Melito nuevos cargos); es únicamente para demostraros que nunca me he mezclado en estas ciencias, y testi- go de ello sois casi todos vosotros.

Suplico, pues, á todos aquellos con quienes he conversado, y hay aquí muchísimos, que declaren si de algún modo me han oído hablar alguna vez de esta clase de ciencias. Así, veréis con certeza que en los rumores que acerca de mí se han esparcido no hay una sola palabra de verdad; porque si os dijeron que me dedico á ense-

ñar y que recibo en cambio alguna retribución, esta es una nueva falsedad.

Y no es que no encuentre muy bueno eso de poder enseñar á los hombres, como Gorgias de Leontium, Prodicó de Ceos é Hippias de Eleas. Estos personajes tienen el prodigioso talento de enseñar; y cuando llegan á cualquier población, saben convencer á los jóvenes de que deben dejarlo todo y venirse con ellos. Cobran buena paga, y aun se les debe gratitud. He oído decir también que ha llegado aquí un hombre de Paros que es muy hábil en ese ejercicio. Hallábame há pocos días en la casa de uno de nuestros conciudadanos, hombre que él sólo ha dado más dinero á los sofistas que todos los demás átenienses, Callias, hijo de Hippónico; y hablando con él de sus dos hijos, se me ocurrió decirle: Si en vez de tener dos hijos tuvieras, Callias, dos potros ó dos toros, ¿no tratarías de ponerlos en manos de un hábil sujeto, á quien pagarías muy bien para que los criase y educara tan hermosos y tan buenos como pudiera ser, y les hiciera adquirir todas las cualidades que deben tener? Y este hábil sujeto, ¿no sería un buen cochero ó un buen labrador? Mas, puesto que tienes hijos, ¿qué maestro has resuelto darles? ¿Qué buen maestro tenemos de los deberes del hombre y del ciudadano? Porque es seguro que tú

has pensado en ello desde que tus hijos nacieron. ¿Conoces algún profesor de los que yo te digo? —Sin duda, respondiome Callias. —¿Quién es, dónde está y cuánto te lleva? repliqué. —Es Evenus, Sócrates, me dijo; es de Paros, y lleva cinco minas. —Yo admiré entonces á Evenus, si es cierto que tiene ese talento y que puede transmitirlo.

Orgullosa y con gloria ostentaría yo, atenienses, si la tuviera, semejante habilidad; pero, desgraciadamente, carezco de ella. Acaso alguno de vosotros me diga: Pero, Sócrates, ¿qué haces? ¿De dónde proceden esas calumnias esparcidas contra ti? Porque si nunca hubieras hecho más que los otros ciudadanos, nunca hubieras dado ocasión á que esos rumores se propalasen. Dinos lo que hay en esto, á fin de que no formemos un juicio temerario. — Esta objeción me parece muy justificada, y voy á explicaros lo que tanto me ha desacreditado y dado famoso nombre. Escuchadme, pues, con atención; y aunque alguno dude de mi veracidad, tened la convicción de que no os digo cosa incierta.

Esa reputación mía procede de que tengo cierta sabiduría. ¿Cuál es esa sabiduría? Probablemente es una sabiduría sólo humana, y creo no tener otra, mientras los hombres de que os he hablado la tienen sobrehumana.

Nada puedo decir de esta sabiduría, porque la desconozco; y los que me la imputan mienten y me calumnian. Pues os ruego, atenienses, que no os alteréis si os parece que hablo demasiado ventajosamente de mí. Nada os diré que de mí proceda; pero pongo por testigo una autoridad digna de toda confianza. Testimonio de mi sabiduría es el oráculo de Delfos, que os dirá si la tengo y cuál es. Todos conocíais á Querefón, mi compañero de la infancia, y que también lo fué vuestro; de entre vosotros fué proscrito, y á vosotros volvió; y todos sabéis lo eficaz que en todas sus empresas era. Habiendo éste ido á Delfos en cierta ocasión, se atrevió á preguntar al oráculo (y una vez más os ruego que no os altere lo que os voy á decir) si había en el mundo un hombre más sabio que yo, y la respuesta del oráculo fué negativa. Querefón ya no existe; pero su hermano, que está aquí, podrá certificaros lo que os digo. No olvidéis, atenienses, que todo lo que estoy diciendo es para explicaros la procedencia de los falsos rumores que contra mí se propalan.

Cuando supe la respuesta del oráculo, pensé en mi interior: ¿Qué quiere decir el dios? ¿Qué sentido ocultan sus palabras? Porque sé muy bien que en mí no hay ninguna sabiduría grande ni pequeña. ¿Qué quiere decir el dios al declararme el más sabio de los hombres? El dios no

miente, ni puede mentir. Dudé algún tiempo sobre el sentido del oráculo, hasta que al fin, después de mucho trabajar, se me ocurrió hacer el siguiente experimento: fui á la casa de uno de nuestros conciudadanos que pasa por ser uno de los más sabios de la ciudad; y esperaba que allí mejor que en ninguna otra parte me sería dado refutar el oráculo y presentarle un hombre más sabio que yo, aunque él me hubiese declarado el más sabio de los hombres. Examinando, pues, á este hombre, cuyo nombre no hace al caso, bástelos saber que es uno de nuestros más eminentes políticos, y hablando con él, hallé que todo el mundo le creía sabio, que él también se lo creía, y que, sin embargo, no lo era. Hecho este descubrimiento, me esforcé en demostrarle que no era lo que creía ser; y ved aquí lo que me hizo odioso para este hombre y sus amigos, que asistían á nuestra conversación.

Cuando me separé de él, razonando conmigo mismo, me dije: Yo soy más sabio que este hombre. Ni él ni yo sabemos ninguna cosa extraordinaria; pero hay entre los dos la diferencia de que, mientras él cree saber, aunque nada sabe, yo, que nada sé, nada creo saber. Luego en esto, aunque poco, yo soy algo más sabio que él, pues no creo saber lo que no sé.

Fuí luego á la casa de otro que era reputado

por más sablo que el primero; y hallando lo mismo, logré atraerme nuevos enemigos. Pero no desmayé y fui á ver á otros individuos, sintiendo hacerme así aborrecido y temiendo las consecuencias, pero pareciéndome sin disputa que debía preferir á todas las cosas la voz de Dios, y para encontrar su verdadero sentido ir de puerta en puerta buscando los hombres de más reputación. Y ved aquí, atenienses, todo el fruto que de mis indagaciones he recogido, porque debo deciros la verdad: los que pasaban por más sabios fueron los que menos me lo parecieron, y hallé mejor dispuestos para la sabiduría á los que menor reputación tenían.

Mas debo daros cuenta de todos mis trabajos y diligencias para hallar el verdadero sentido del oráculo.

Después de visitar á todos estos hombres de Estado, acudí á los poetas, así á los que hacen tragedias como á los que hacen himnos, y á todos los demás, no dudando de que, entre ellos, yo me sorprendería más ignorante. Allí, tomando de sus obras las que más trabajadas me parecieron, les pregunté lo que querían expresar en ellas y el propósito que les guiaba al hacerlas, para así instruirme; y me avergüenzo, atenienses, de deciros la verdad, pero debo hacerlo así: sólo uno de ellos me pareció más en aptitud que los

otros para explicar sus poemas. Al instante conocí que los poetas no están guiados por la sabiduría, sino por ciertos movimientos naturales y por un entusiasmo parecido al de los adivinos y profetas, que dicen cosas muy buenas sin llegar á comprenderlas. Esto me parecieron los poetas, y comprendí que por su poesía se creían en todo lo demás los más sabios de los hombres, aunque de nada más entendieran. Me separé de ellos convencido de que les era superior por la misma razón que he alegado respecto de los políticos.

Lleguéme, finalmente, á los artistas. Estaba íntimamente convencido de que nada entendía de su profesión y persuadido de hallarlos muy capaces de hacer muchas cosas buenas, y no me engañaba. Sabían ellos mucho de lo que yo ignoraba, y eran en esto más sabios que yo. Pero, atenienses, parecióme que los más hábiles incurrian en el mismo defecto que los poetas; porque no había uno tan solo que, por sobresalir en su arte, no se creyera muy capaz é instruído en las cosas más grandes, y esta sola extravagancia deslucía toda su habilidad.

Entonces, y como hablando por cuenta del oráculo, me pregunté si preferiría ser como soy, sin la habilidad ni la ignorancia de esas gentes, ó tener una y otra y ser como ellos; y encontré preferible, ante mí y ante el oráculo, ser tal como

soy. De esta indagación nacieron todos los odios y las enemistades peligrosas producidas por las calumnias que ya conocéis, y que me han dado el nombre de sabio; porque cuantos llegan á escucharme creen que yo sé todo aquello en que su ignorancia se descubre. Ahora bien, atenienses; me parece que sólo Dios es verdaderamente sabio; que esto es lo que ha querido decir por su oráculo, dando á entender que toda la sabiduría humana vale poco, ó, por mejor decir, nada; y que, si nombró á *Sócrates*, fué únicamente sirviéndose de mi nombre como de un ejemplo, y como si dijera á todos los hombres: El más sabio de los hombres es el que, como *Sócrates*, cree que su sabiduría es nada.

Convencido de esta verdad, para asegurarme aún más y obedecer al dios, proseguí mis indagaciones, no solamente entre nuestros conciudadanos, sino también entre los extranjeros, para ver si hallaba alguno verdaderamente sabio; y no hallándole, interpreté el oráculo para demostrarles que carecen de toda sabiduría. Y esto me preocupa tanto, que me falta tiempo para ocuparme de la República y cuidar de mis asuntos, viviendo en grande pobreza por tributar este culto al dios.

Hay además bastantes jóvenes de distinguidas familias que espontáneamente se unen conmigo;

y tanto gozan en ver el modo como yo experimento á los hombres, que tratan de imitarme en aquellos que encuentran; y es indudable que encuentran abundante mies, porque hay muchos que creen saberlo todo, aunque sepan muy poco ó nada.

Todos los así convencidos de ignorancia se vuelven contra mí, y no contra ellos, y van diciendo por ahí que hay un tal *Sócrates* que es un malvado y un infame corruptor de los jóvenes. Y cuando se les pregunta qué es lo que hace ó enseña, no saben decirlo; pero, por no quedarse corridos, acuden á las censuras que ordinariamente suelen hacerse á los filósofos, y dicen que inquiera lo que pasa en el cielo y en la tierra, que no cree en los dioses, y que hace buenas las causas peores; porque no se atreven á decir la verdad de los hechos sorprendida por *Sócrates* cuando les descubre que, aparentando saber, no saben. Así, ambiciosos, violentos, numerosos, bien acomodados y dotados de seductora elocuencia, hace mucho tiempo que vienen murmurando á vuestros oídos todas las calumnias forjadas contra mí; y ahora han diputado en contra mía á Melito, Anyto y Lycón: Melito toma la parte y hace la causa de los poetas; Anyto está por los políticos y artistas, y Lycón por los oradores. Por esto decía al principiar mi discurso que tendría

como grande milagro destruir en tan poco tiempo una calumnia como ésta, que ha tenido tiempo suficiente para arraigar y desarrollarse en vuestro espíritu.

Ved aquí, atenienses, la verdad pura. Nada os encubro, ni nada desfiguro, aunque no ignoro que, al hacerlo así, estoy envenenando la llaga. Pero esto mismo demuestra la verdad, y que tal es el origen de las calumnias. Quedaréis plenamente convencidos de ello siempre que os queráis tomar el trabajo de profundizar en el asunto, ya sea ahora, ya dentro de algún tiempo. Esto basta para hacer la apología de mis primeros acusadores.

Vengamos ahora á los últimos, y tratemos de responder á Melito, al hombre de bien, al parecer tan interesado por su patria. Formulemos esta última acusación lo mismo que hemos formulado la primera. Es así en más ó menos palabras: *Sócrates es culpable de corromper á los jóvenes, de no creer en los dioses del Estado y de poner en su lugar, con el nombre de demonios, nuevas divinidades.* Esta es la acusación; examinemos sobre ella sucesivamente á sus autores. Dicen que soy culpable de corromper á los jóvenes; y yo, atenienses, os digo que el culpable es Melito, porque llama regocijado á las gentes, aparejando cuidarse mucho de cosas que jamás le

han preocupado, como voy á demostrarlo.

Ven aquí, Melito, y dime: ¿te interesas mucho por hacer á los jóvenes todo lo más virtuosos que sea posible?

MELITO. Sin duda alguna.

SÓCRATES. Pues bien: di á nuestros jueces cuál es el hombre que hará mejores á los jóvenes; porque indudablemente lo sabrás, puesto que tanto te ha preocupado este asunto. En efecto, si has hallado al que los corrompe y le has denunciado ante los jueces, debes también decirles quién será el que los perfeccione. Habla, veamos quién es. ....

.....  
¿Lo ves? Melito, te callas, estás ofuscado, y no sabes qué responder. ¿No te parece esto vergonzoso, y no es prueba segura de que jamás te ha preocupado la educación de la juventud? Pero, repito, Melito: ¿quién es el que puede mejorar la juventud?

MEL. Las leyes.

Sóc. No es eso lo que te pregunto, Melito. Te pregunto que quién es ese hombre; porque es indudable que este hombre, lo primero que deberá saber es las leyes.

MEL. Pues esos, Sócrates, son los jueces aquí reunidos.

Sóc. ¿Qué estás diciendo, Melito? ¿Son ca-

UNIVERSIDAD DE BILBAO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO MARTÍN"

1910-1911

paces estos jueces de instruir á los jóvenes y mejorarlos?

MEL. Seguramente.

Sóc. Pero ¿todos estos jueces, ó hay entre ellos unos que pueden y otros que no?

MEL. Todos ellos.

Sóc. Perfectamente. Por Juno, que has encontrado un gran número de buenos preceptores. Pero, vamos á ver: y los oyentes que forman nuestro auditorio, ¿pueden ó no pueden mejorar también á los jóvenes?

MEL. También pueden hacerlo.

Sóc. ¿Y los senadores?

MEL. También los senadores.

Sóc. Pero, apreciable Melito, ¿todos los que concurren á las asambleas del pueblo pervierten también á los jóvenes, ó son todos ellos capaces de mejorarlos?

MEL. Todos también son capaces.

Sóc. De donde se sigue que todos los atenienses pueden perfeccionar á los jóvenes, excepto yo, y sólo yo los pervierto: ¿no es esto lo que dices?

MEL. Eso mismo.

Sóc. Es una verdadera desgracia. Pero sigue contestando. ¿Te parece que ocurre lo mismo con los caballos? ¿Pueden todos domarlos y educarlos, y sólo uno tiene el privilegio de resabiarlos,

ó es todo lo contrario, esto es, que un solo hombre ó unos cuantos cocheros pueden educarlos? Y los demás hombres, si de ellos se sirven, ¿no los resabian? ¿Pasa esto mismo con todos los animales? Sí, indudablemente, convengáis ó no convengáis en ello Anyto y tú. Porque sería mucha fortuna y gran beneficio de la juventud que hubiese solamente un hombre capaz de corromperla y que todos los demás pudiesen mejorarla. Pero bien has demostrado ya, Melito, que la educación de la juventud nunca te preocupó, y con gran claridad acabas de dejar probado que jamás te ha mortificado la cosa misma en que has fundado tu acusación.

Por otra parte, te ruego, por Júpiter, que contestes, Melito, á lo siguiente: ¿Es mejor habitar entre gentes honradas, ó habitar entre malvados? Respóndeme, amigo mío, que nada difícil te pregunto. ¿No es verdad que los malvados perjudican siempre á los que los tratan, y que los buenos hacen siempre algún bien á los que viven con ellos?

MEL. Es indudable.

Sóc. ¿Y hay quien prefiera recibir de los que le tratan daño en vez de provecho? Respóndeme, porque la ley te manda que contestes. ¿Hay quien prefiera recibir el mal á recibir el bien?

MEL. No, no le hay.

Sóc. Pero, vamos á ver. Cuando me acusas de corromper la juventud y hacerla malvada, ¿dices que la corrompo á sabiendas, ó inconscientemente?

MEL. Á sabiendas.

Sóc. Pues qué, Melito, ¿á tu edad es tan superior tu sabiduría á la mía que sepas tú mejor que yo que los malvados causan mal á los que con ellos tratan, y que los buenos, por el contrario, les favorecen, y que yo soy ignorante hasta el punto de no saber que, si hago malo á cualquiera de los que me siguen, me expongo á recibir mal de él, y que, sabiéndolo y queriéndolo, me lo atraigo? En este punto, Melito, no te creo, y pienso que nadie puede creerte. Una de dos: ó no pervierto á los jóvenes, ó, si lo hago, es á pesar mío y sin saberlo; y en cualquiera de los dos casos, eres un calumniador. Si á pesar mío la pervierto, la ley no consiente que se demande á nadie por faltas involuntarias; pero quiere que se amoneste reservadamente á los que las cometen, se los detenga é instruya; porque es seguro que, teniendo instrucción, dejarán de hacer lo que yo hago inconscientemente. Pero tú has prescindido intencionalmente de verme y de instruirme, y me traes ante este tribunal, donde manda la ley que comparezcan los que han incurrido en penas, y no aquellos que sólo merecen repre-

sión. Así, pues, atenienses, ved una prueba evidente de lo que os digo: que Melito jamás se mortificó por cosa ninguna de éstas, y que en ella nunca jamás pensó.

Responde, sin embargo, y dinos cómo pervierto á la juventud. ¿No lo hago, según tu denuncia, enseñándoles á desconocer los dioses que reconoce la patria y á honrar otras divinidades bajo el nombre de demonios? ¿No has dicho esto?

MEL. Eso mismo.

Sóc. En nombre, pues, de todos los dioses de que hablamos, te conjuro, Melito, para que te expliques con alguna claridad ante mí y ante los jueces; porque no acabo de comprender si dices que enseñó á creer que hay dioses (y, en efecto estoy persuadido de que los hay, pues ni soy ateo, ni tal es mi falta), ó que enseñó á creer en otros dioses que los del Estado. ¿Y de esto me acusas? ¿Ó me acusas de no creer en ningún dios y de enseñar á los demás á no reconocerlos?

MEL. Te acuso de no creer en ningún dios.

Sóc. Pero, admirable Melito, ¿por qué dices eso? ¿Yo no creo como los demás hombres que el sol y la luna son dioses?

MEL. No, atenienses, no lo cree; porque dice que el sol es una piedra y la luna una tierra.

Sóc. Pero ¿crees, Melito, que estás acusando á Anaxágoras? ¿Tanto desprecias á los jueces,

tan ignorantes los juzgas que no sepan que los libros de Anaxágoras de Clazomene están llenos de afirmaciones como ésta? ¿Cómo han de aprender de mí los jóvenes cosas que diariamente pueden oír en la Orquesta por una dracma á lo sumo? Buena ocasión tendrían de burlarse de Sócrates si éste se atribuyera doctrinas que no son suyas, y que son además tan extravagantes como absurdas. Pero, en nombre de Júpiter, dime: ¿pretendes acaso que no reconozco ningún dios?

MEL. Sí, por Júpiter, lo digo; ningún dios reconoces.

Sóc. Estás diciendo, Melito, cosas increíbles; estás en contradicción contigo mismo. Por lo que á mí respecta, atenienses, me parece que Melito es un insolente, que sólo ha intentado esta acusación para insultarme y por audacia juvenil; que ha venido aquí para provocarme, proponiendo un enigma y diciendo para sí: veamos si Sócrates, ese hombre que pasa por ser tan sabio, conoce que me burlo y digo cosas contradictorias, ó si le engaño, y también al auditorio. En efecto, en su acusación parece contradecirse y como si dijera: *Sócrates es culpable, porque no reconoce dioses, y también porque los reconoce.* ¿No es esto una burla? Ved aquí cómo lo demuestro; seguidme, atenienses, os lo ruego, y, como al principio os supliqué, no os impresio-

ne contra mí el que os hable según acostumbro.

Respóndeme, Melito: ¿hay en el mundo una persona que crea que hay cosas humanas y no crea que hay hombres? Jueces, mandadle que responda y no alborote. ¿Hay quien crea que hay reglas para domar caballos y que, sin embargo, no hay caballos? ¿Que hay música de flauta y que, sin embargo, no hay quien toque tal instrumento? No hay ninguno, excelente Melito, y yo responderé por ti si tú no quieres hacerlo. Pero responde á esto: ¿Hay alguno que crea en cosas de los demonios y que no crea en tales seres?

MEL. No, sin duda.

Sóc. ¡Cuánto trabajo ha costado sacarte esta palabra! Al fin respondes, pero es preciso que los jueces te obliguen á ello. Dices que reconoces y enseño cosas propias de los demonios, y, sean viejas ó nuevas, siempre resulta cierto por tu propia confesión que creo en esas cosas, y que así lo has jurado en tu acusación. Si en ellas creo, debo necesariamente creer en los demonios. ¿No es así? Sí, sin duda, y tomo tu silencio por afirmación. Ahorabien: ¿no creemos que estos demonios son dioses, ó hijos de dioses? ¿Es así? Sí ó no.

MEL. Sí.

Sóc. Y, por consiguiente, si yo creo en los demonios, según tu propia confesión, y los de-

monios son dioses, queda probado lo que he dicho: que nos has propuesto enigmas para divertirme á costa mía, diciendo que no creo en los dioses, y que, sin embargo, creo en ellos al creer en los demonios. Y si los demonios son hijos de los dioses (y, si así lo quieres, hijos bastardos, pues que, según se dice, nacieron de ninfas y otras mortales), ¿quién ha de creer que hay hijos de los dioses y que, sin embargo, no hay dioses? Tan absurdo es esto como creer que hay mulos hijos de yeguas y asnos, y que no hay ni asnos ni yeguas. De esta manera, Melito, no puede ser sino que me hayas citado ante este tribunal por esa falta para probarme, ó por no tener otro pretexto legítimo. A nadie que sea un poco sensato podrás convencerle de que el mismo que cree que hay cosas referentes á dioses y demonios puede, sin embargo, creer que no hay ni héroes, ni dioses, ni demonios. Esto es completamente imposible. Pero no necesito defenderme más, atenienses, y lo que ya he dicho basta para hacer evidente mi inocencia y lo infundado de la acusación de Melito.

Por lo que al principio os dije de las muchas enemistades que me he acarreado, estad convencidos de que así es, y que, si sucumbo, no serán causantes de mi perdición ni Melito, ni Anyto; lo serán el odio y la ira del pueblo, que hacen

perecer á tantos hombres honrados, y ve á tantos otros harán perecer, pues no es de esperar que en mí se detengan. Mas acaso alguno me dirá: Sócrates, ¿no te da vergüenza consagrarte á un estudio que precisamente te pone en peligro de muerte? Tengo para el que lo diga una respuesta irrefutable. Yo le diré que se engaña mucho si piensa que un hombre que tiene algún valor debe pararse á considerar los peligros de la muerte ó de la vida. Lo único que debe considerar en todas sus acciones es si lo que hace es justo ó injusto, y si es propio de un hombre de bien ó de un malvado. En otro caso, habria que decir que los héroes que perecieron en el sitio de Troya eran otros tantos insensatos como guerreros, y ninguno más que el hijo de Tetis, quien, por evitar la vergüenza, despreció tanto el peligro que, habiéndole hablado su madre en los siguientes términos, cuando le veía impaciente por ir á matar á Héctor, le dijo, si mal no recuerdo: «Hijo mío, si vengas la muerte de tu amigo Patroclo matando á Héctor, morirás, porque *tu muerte á la de Héctor seguirá;*» y él, después de esta amenaza, despreciando el peligro y la muerte, y temiendo más vivir como un cobarde sin vengar á sus amigos, exclamó: «*Muera yo al instante*<sup>1</sup> siempre que antes castigue al matador de

<sup>1</sup> Homero, *Iliada*, lib. XVIII, v. 96-98.

Patroclo y no me vea expuesto al desprecio *sentado sobre mis barcos, fando inútil en la tierra*<sup>1</sup>.

¿Os parece que él se inquietó por el peligro de la muerte? Es una verdad constante, atenienses, que todo el que llegó á ocupar un puesto honroso, ó fué en él colocado por un jefe, debe mantenerse firme y no pensar, en mi concepto, ni en la muerte, ni en lo que sea más terrible, sino ante todo en el honor.

Extraña conducta fuera ésta en mí, atenienses, si, después de haber guardado fielmente todos los puestos que nuestros generales me confiaron en Potidea, Anfípolis y Delium, y después de haber expuesto tantas veces mi vida, ahora que el dios me ha ordenado, como ya demostré, pasar mis días en el estudio de la filosofía, examinándome y examinando á los demás, el miedo de la muerte ó cualquier otro peligro me hicieran abandonar el puesto. Fuera esta, en verdad, criminal deserción, y entonces mereciera que se me trajera ante este tribunal como un impío que no cree en los dioses, que desobedece al oráculo, que teme la muerte, que se cree sabio y que no lo es. Porque, atenienses, temer la muerte no es otra cosa que juzgarse sabio sin serlo y conocedor de lo que no se sabe. En efecto, nadie co-

<sup>1</sup> Homero, *Iliada*, lib. XVIII, v. 104.

noce la muerte, ni sabe si es para el hombre el mayor de todos los bienes; y, sin embargo, todos la temen, como si supieran ciertamente que es el mayor de todos los males. ¡Ah! ¿No es una ignorancia vergonzosa creerse conocedor de lo que se desconoce?

En cuanto á mí, atenienses, en esto acaso soy muy distinto del resto de los demás hombres; y si en algo parezco más sabio que ellos, es porque, ignorando lo que hay después de esta vida, no creo en manera alguna saberlo. Lo único que sé es que cometer injusticias y desobedecer á lo que es mejor que nosotros y superior á nosotros, sea dios ó sea hombre, es lo más criminal y vergonzoso. Así, pues, sólo temeré y evitaré siempre los males, que seguramente sé que son verdaderos.

Si ahora, y á pesar de la insistencia de Anyto, que os ha dicho que no era preciso demandarme en justicia, ó que, después de demandado, no podéis dispensaros de condenarme á muerte, porque dice que, si escapase de ella, vuestros hijos, tan adictos ya á la doctrina de Sócrates, no dejarían de caer completamente en la corrupción; si ahora, repito, me dijerais: Sócrates, desechamos las peticiones de Anyto y te absolvemos á condición de que has de dejar la filosofía y tus especulaciones acostumbradas, y morirás si se descubre que has vuelto á incurrir en ellas, yo, sin

vacilar, os respondería: Atenienses, os respeto y os quiero; pero antes que á vosotros obedeceré al dios, y no cesaré de filosofar mientras viva, dándoos siempre consejos, preocupándome, como de ordinario, por vosotros, y siempre que os encuentre repitiéndoos: Buen hombre, ¿cómo, siendo ateniense y ciudadano de la mayor ciudad del mundo por el valor y la sabiduría, no te avergüenzas pensando únicamente en atesorar riquezas, en adquirir fama y honores, en descuidar los tesoros de la verdad y la sabiduría, y en no procurar que tu alma sea tan buena como pueda serlo? Y si alguno negare que se halla en este estado, y sostuviera que cuida de su alma, no le dejaré sólo por su palabra, sino que le interrogaré, exáminaré y refutaré; y si encuentro que no es virtuoso, sino que únicamente lo aparenta, le abochornaré por preferir cosas tan viles y perecederas á otras de más valía.

Ved aquí de qué modo hablaré á jóvenes y ancianos, ciudadanos y extranjeros; pero sobre todo á los ciudadanos, porque me interesan más de cerca; porque sabed que eso es lo que el dios me ordena, y estoy convencido de que jamás se ha procurado á vuestra ciudad un bien tan grande como este servicio continuo que presto al dios. Toda mi ocupación es trabajar para convencerlos, á viejos y jóvenes, de que hay que in-

quietarse menos por el cuerpo, por las riquezas y por todò lo demás, que por el alma; porque nunca me cansaré de deciros que la virtud no nace de las riquezas, sino, al contrario, las riquezas de la virtud, y que sólo de ella nacen todos los demás bienes públicos y particulares.

Si al decir esto pervierto á la juventud, estas máximas deben ser un veneno; porque si se pretende que digo otra cosa, se miente y se os engaña. Después de esto, sólo tengo que deciros: Haced ó no haced lo que Anyto pide; absolvedme ó condenadme; pero jamás, aunque hubiera de morir mil veces, podré hacer otra cosa... Pero no murmuréis, atenienses, y oidme con paciencia, como al principio os lo pedí, que vuestra paciencia juzgo que no será infructuosa, porque tengo que deciros otras cosas que tal vez os harán murmurar; pero no escuchéis vuestra cólera; estad convencidos de que si, siendo tal como acabo de deciroslo, me hacéis morir, el mal será mayor para vosotros que para mí. En efecto, ni Anyto ni Melito pueden hacerme ningún mal, porque el malo nada puede contra el hombre honrado. Acaso me harán condenar á muerte, á destierro ó á perder mis bienes y mis derechos de ciudadano; pero éstos, que á los ojos de Melito y de sus amigos son males espantosos, no lo son para mí. Á mi parecer, el más grande de todos los

males es hacer lo que hace Anyto en este momento: procurar que muera un inocente.

Ahora, pues, atenienses, no es el amor propio el que me obliga á defenderme, y quien así lo juzgue se engaña; es el amor que os tengo. Condenarme, sería ofender al dios y desconocer el obsequio que os ha hecho. Muerto yo, no hallaréis, atenienses, con facilidad otro ciudadano enviado por el dios á vuestra ciudad (acaso la comparación os parezca ridícula) como á un corcel noble y generoso, pero abrumado por su misma grandeza, y que necesita un aguijón que le excite y le despierte. Parece que soy el elegido por el dios para excitaros, estimularos y reprenderos diariamente, sin abandonaros nunca. Yo os aseguro, atenienses, que os será difícil hallar otro que, como yo, se consagre á esa empresa; y si me creéis, me dejaréis vivir.

Pero quizá, enojados como gentes á quienes se despierta cuando necesitan dormir, desearéis mi consejo, y, participando de la pasión de Anyto, me condenaréis precipitadamente. ¿Qué ocurrirá después? Que pasaréis el resto de la vida en un profundo sopor, á no ser que el dios se compadezca de vosotros y os envíe otro hombre que se me parezca.

Ahora bien: que ha sido el dios quien á vuestra ciudad me ha enviado, fácilmente podréis in-

ferirlo; porque hay algo de sobrehumano en haber descuidado por espacio de tantos años mis propios asuntos para consagrarme á los vuestros, dirigiéndome á cada uno en particular como un padre y un hermano afectuosos pudieran hacerlo, exhortándoos incesantemente á practicar la virtud.

Pudíeráse decir alguna cosa, si yo hubiera obtenido alguna recompensa por mis exhortaciones; pero bien sabéis que mis propios acusadores, que tan imprudentemente me han calumniado, no han podido acusarme ni demostrar por testigos que yo haya pedido ni exigido nunca el más insignificante sueldo, é irrecusable testigo de la verdad de mis palabras es mi pobreza.

Pero tal vez os parezca absurdo que me haya mezclado yo en aconsejaros á cada uno en particular, y que nunca me haya atrevido á hallarme en las asambleas del pueblo para dar mis consejos á la patria. Pero, atenienses, me lo ha impedido ese demonio familiar, esa voz divina de que me habéis oído hablar tantas veces y de que tan gustosamente se ha servido Melito para hacer un acta de acusación. Ese demonio me acompaña desde la infancia, y su voz siempre se pronuncia para apartarme de lo que he resuelto, pues nunca me mueve á emprender ninguna cosa. Ella es quien se ha opuesto siempre que he querido

mezclarme en los asuntos de la República, y lo ha hecho siempre con grande oportunidad; porque, creedme, atenienses, hace mucho tiempo que yo hubiera dejado de existir si en tales asuntos me hubiera entrometido, y nada hubierais ganado vosotros, ni hubiera yo adelantado. No os enojéis si nada de esto os oculto; todo el que franca y generosamente quiera oponerse á un pueblo, ya le forméis vosotros, ya otros ciudadanos, y todo el que se proponga impedir que se cometan iniquidades en la República, tendrá que padecer por ello. Es de todo punto necesario que el que pretenda combatir por la justicia, si en algo estima la vida, se contente con ser un particular y no aspire á ser un hombre público. No necesito esforzarme mucho para demostrároslo, y lo haré, no por palabras, sino por hechos.

Oid lo que me ha ocurrido, para que sepáis cuán incapaz soy de ceder ante ninguno por temor á la muerte, y que, al no ceder, tengo que ser necesariamente víctima de la injusticia. Voy á deciros cosas que quizás no os agruden, como de quien se ve obligado á hacer su propia apología, pero no por eso menos verdaderas.

Ya sabéis, atenienses, que jamás desempeñé ninguna magistratura y que solamente he sido senador. La tribu Antioquide, á que pertenezco, estaba precisamente de turno en el Prítaneo cuan-

do, contra todas las leyes, os obstinasteis en procesar simultáneamente á los diez generales que no habían sepultado los cuerpos de los ciudadanos muertos en el combate naval de los Argimosos, injusticia que reconocisteis y de la cual os arrepentisteis inmediatamente. En esta ocasión fui el único senador que se opuso á violar las leyes... Protesté contra vuestro decreto, y, á pesar de los oradores que se aprestaron á acusarme, á pesar de vuestros gritos y amenazas, preferí correr ese riesgo con la ley y la justicia antes que asentir con vosotros á tan grande iniquidad por el temor á las cadenas y á la muerte.

Todo esto ocurrió cuando la ciudad aun estaba gobernada por el pueblo. Cuando se estableció la oligarquía, los treinta tiranos me mandaron que, con otros cuatro, fuese al Tholos para traer de Salamina á León, á fin de que le hicieran morir; porque ordenaban esto mismo á muchas gentes para comprometer en sus iniquidades el mayor número posible de ciudadanos, y entonces demostré, no con palabras, sino con hechos, que la muerte no me arredraba para hablar, y que mi único afán era el de no cometer injusticias ni impiedades. Todo el poder, y era mucho, de los treinta tiranos, no pudo imponerme hasta mancharme con tan enorme iniquidad.

Cuando salimos del Tholos, los otros cuatro

009774